

Retiro ignaciano para mujeres, Francia

A finales de agosto las hermanas de la Fraternidad organizaron un retiro espiritual según los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, en Domaine de La Castille, Francia. El retiro fue predicado por el padre Hernán Ducci y participaron algunas jóvenes provenientes parroquias vecinas. Agradecemos a Dios por las abundantes gracias derramadas en esos días.



Asistencia al Colegio Internacional de Chavagnes, Francia



Desde hace algunos años los miembros de la Fraternidad han establecido un lazo de amistad con un colegio católico situado en Chavagnes, en la Vendée. Estos últimos meses, los padres Carlos Hamel y Sebastián Fernández han asistido en varias ocasiones la capellanía y la hna. Clara ha comenzado a dar un curso intensivo de castellano. El Colegio Internacional de Chavagnes es un internado católico basado en la tradición de la educación clásica inglesa. Esperamos que esta amistad se acreciente y que podamos continuar contribuyendo a la gloria de Dios por medio del apostolado en la educación y la asistencia espiritual.



Peregrinación a Paray-le-Monial, Francia



Del 26 al 31 de octubre, la comunidad de hermanas de la Fraternidad junto al padre Sebastián Fernández, tuvimos la gracia de realizar un bellísimo peregrinaje a Paray-le-Monial, ciudad donde tuvieron lugar las apariciones del Sagrado Corazón de Jesús a Sta. Margarita M. de Alacoque. Visitamos la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús, la capilla de las apariciones, la tumba de St. Margarita M. y Sn. Claudio de la Colombière; también la tumba del Sto. Cura de Ars en el pueblito de Ars, y la tumba de santa Bernardita Soubirous en la ciudad Nevers y la milenaria abadía de Cluny. Queridos amigos y benefactores, en estos santos lugares hemos rezado especialmente por ustedes y sus intenciones, encomendándoles al Sagrado Corazón de Jesús.

Primeras Misas en Brasil



Entre el 29 de septiembre y 15 de octubre, el padre Danko Pereira realizó un viaje a Brasil para celebrar sus primeras misas en tierra natal, junto a sus familiares y amigos. Lo acompañaron el padre Hernán y la hermana María Magdalena. Las misas tuvieron lugar en su parroquia de origen, en Cana Verde, en el estado de Minas Gerais; en la parroquia de Carmópolis donde su primo es el párroco, y en la ciudad de Juiz de Fora. También celebró sus primeras misas en el estado de Santa Catarina junto a los amigos y miembros de la tercera orden de la Fraternidad. Fueron días de mucha alegría y de apostolado muy fructífero. Damos gracias a Dios.



Acto de desagravio del Papa Pío XI



¡Oh dulcísimo Jesús, cuyo inmenso amor a los hombres no ha recibido en pago, de los ingratos, más que olvido, negligencia y menosprecio! Vednos postrados ante vuestro altar, para reparar, con especiales homenajes de honor, la frialdad indigna de los hombres y las injurias con que, en todas partes, hieren vuestro amantísimo Corazón.

Mas recordando que también nosotros alguna vez nos manchamos con tal indignidad de la cual nos dolemos ahora vivamente, deseamos, ante todo, obtener para nuestras almas vuestra divina misericordia, dispuestos a reparar, con voluntaria expiación, no sólo nuestros propios pecados, sino también los de aquellos que, alejados del camino de la salvación y obstinados en su infidelidad, o no quieren seguirnos como a Pastor y Guía, o, conculcando las promesas del Bautismo, han sacudido el suavísimo yugo de vuestra ley.

Nosotros queremos expiar tan abominables pecados, especialmente la inmodestia y la deshonestidad de la vida y de los vestidos, las innumerables asechanzas tendidas contra las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las execrables injurias proferidas contra vos y contra vuestros Santos, los insultos dirigidos a vuestro Vicario y al Orden Sacerdotal, las negligencias y horribles sacrilegios con que es profanado el

mismo Sacramento del amor y, en fin, los públicos pecados de las naciones que oponen resistencia a los derechos y al magisterio de la Iglesia por vos fundada.

¡Ojalá que nos fuese dado lavar tantos crímenes con nuestra propia sangre! Mas, entretanto, como reparación del honor divino conculcado, uniéndola con la expiación de la Virgen vuestra Madre, de los Santos y de las almas buenas, os ofrecemos la satisfacción que vos mismo ofrecisteis un día sobre la cruz al Eterno Padre y que diariamente se renueva en nuestros altares, prometiendo de todo corazón que, en cuanto nos sea posible y mediante el auxilio de vuestra gracia, repararemos los pecados propios y ajenos y la indiferencia de las almas hacia vuestro amor, oponiendo la firmeza en la fe, la inocencia de la vida y la observancia perfecta de la ley evangélica, sobre todo de la caridad, mientras nos esforzamos además por impedir que seáis injuriado y por atraer a cuantos podamos para que vayan en vuestro seguimiento.

¡Oh benignísimo Jesús! Por intercesión de la Santísima Virgen María Reparadora, os suplicamos que recibáis este voluntario acto de reparación; concedednos que seamos fieles a vuestros mandatos y a vuestro servicio hasta la muerte y otorgadnos el don de la perseverancia, con el cual lleguemos felizmente a la gloria, donde, en unión del Padre y del Espíritu Santo, vivís y reináis, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

CONTACTOS

Hermanas Fraternidad de San José Custodio
Domaine de La Castille
554 Route de la Farlière à La Crau
83210 SOLLIES-VILLE
France

TEL.
+33 6 07 85 34 77 (Francia)
+56 9 987 75 125 (Chile)

soeursfsjctoulon@gmail.com

www.fsjc.fr

Facebook: Fraternidad de San José Custodio – Hermanas

Hermanos Fraternidad de San José Custodio
Presbytere-Rue Joseph Laure
83250 LA LONDE-LES-MAURES
France

TEL.
+33 6 47 54 53 18 (Francia)
+56 9 987 75 125 (Chile)

contact@fsjc.fr

www.fsjc.fr

Facebook: Fraternidad de San José Custodio



Queridos amigos y benefactores de la Fraternidad,

Llegamos al término del año 2020 y lo concluimos con grandes fiestas que marcan nuestra vida cristiana. La solemnidad de la Inmaculada Concepción de María es una de ellas y la celebramos el 8 de diciembre. Esta solemnidad tiene por fin conmemorar el dogma definido en 1854 que declara: “la Santísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original desde el primer instante de su concepción, por singular privilegio y gracia de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Cristo-Jesús, Salvador del género humano” (*Ineffabilis Deus 18*). Con ocasión de esta importante fiesta, algunos países consagran a la Madre de Nuestro Señor, un mes completo de preparación llamando “el mes de María”.

En el mes de diciembre, el mundo católico también se prepara a la gran celebración de la venida de Nuestro Señor Jesucristo con el tiempo de Adviento, incluso se le dedica con una novena litúrgica que tiene su inicio el 17 de diciembre. Con el fin de preparar el espíritu de esta fiesta de Navidad, queremos compartir con ustedes una breve reflexión de san Francisco de Sales:

“Puesto que nuestro divino Salvador está cerca ¿qué debemos hacer para prepararnos a su advenimiento? San Juan el Bautista lo enseña: haced penitencia, dice él: abajad los montes del orgullo y rellenad los valles de la tibieza y pusilanimidad, porque el Señor está cerca.

Estos valles no son sino el temor, el cual, cuando es demasiado grande, nos lleva al desánimo. La vista de las grandes faltas cometidas trae consigo un asombro y un temor que abate el corazón. Estos son los valles que hay que llenar con confianza y esperanza para el advenimiento de Nuestro Señor.

Rebajad los montes y colinas: los cuales son la presunción, el orgullo y la estima que uno tiene de sí mismo. Estos son un gran impedimento para el advenimiento de Nuestro Señor; porque Él acostumbra a humillar y rebajar a los soberbios, y penetra hasta el fondo del corazón para descubrir el orgullo que allí se esconde.

Allanad los caminos, enderezad los que están torcidos, para igualarlos. Es como si Él dijera: enderezad tantas intenciones torcidas, para no tener más que la de agradar a Dios haciendo penitencia, ese debe ser el fin al cual nosotros debemos apuntar.

Enderezad los caminos, igualad vuestros estados de ánimos por la mortificación de vuestras pasiones, inclinaciones y aversiones ¡Oh! ¡Cuán deseable es esta igualdad de espíritu y de ánimo que debemos trabajar fielmente por adquirir! Porque nosotros somos más variables e inconstantes de lo que se puede decir. Encontraremos personas que ahora estando de buen ánimo tendrán una conversación agradable y alegre; pero nada más voltearse y los encontrareis tristes y angustiados... Estos son, en suma, los caminos tortuosos y pedregosos a enderezar para el advenimiento de Nuestro Señor...”

Que estas grandes fiestas de final de año sean ocasión para convertirlo todo en un llamado personal, y que al querer responder a él nos aprovechemos del amor y la eficaz intercesión de la Santísima Virgen, también de la pureza y grandiosidad del misterio de la Navidad; en fin, que sirvan para avivar nuestra fe, amor y esperanza en el amor misericordiosísimo del buen Padre Dios, que no quiere sino comunicarnos su propia Vida y que seamos partícipes de Ella por toda la eternidad.

Feliz Navidad y Santo Año del Señor 2021.

Rama Femenina

Reparación por los pecados

Nos duele profundamente ver los trágicos acontecimientos que han tenido lugar en estos últimos meses: ataques y profanaciones a Iglesias y al Santísimo Sacramento en varias partes del mundo; avance de leyes favorables al aborto y eutanasia en países de occidente; persecución persistente a cristianos en países de oriente y África; ataques terroristas contra cristianos en Europa. Ciertamente, lo más alarmante de estos males es la grave ofensa hecha a Dios. Inevitablemente nos preguntamos ¿y nosotros qué podemos hacer?

El 16 de julio de 1675, Nuestro Señor se apareció a santa Margarita María, le dijo: “He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres ... y, en compensación, sólo recibe, de la mayoría de ellos, ingratitudes y desprecios. Pero lo que más me duele es que se porten así los corazones que se me han consagrado. Por eso te pido que el primer viernes después de la octava del Corpus se celebre una fiesta especial para honrar a mi Corazón, y que se comulgue dicho día para pedirle perdón y reparar los ultrajes recibidos”.

De modo similar, el 13 de mayo de 1917, la Virgen María se apareció a los pastorcitos de Fátima y les preguntó: “¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera enviarnos, en acto de reparación por los pecados con que es ofendido y por la conversión de los pecadores?” Los niños respondieron: “Sí, queremos”. La Virgen les pedía entonces una intensa vida de reparación y los niños respondieron heroicamente a esta petición.



Iglesia quemada en Chile durante las protestas

Pues bien, reparar no es algo reservado solo a los grandes santos, todos podemos y debemos reparar. Este deber lo enseñaba el papa Pío XI en la *Enc. Misericordissimus Redemptor* (Encíclica dedicada al Sagrado Corazón, específicamente a la consagración): “Si lo primero y principal de la consagración es que al amor del Creador responda el amor de la criatura, síguese espontáneamente otro deber: el de compensar las injurias de algún modo inferidas al Amor increado, si fue desdeñado con el olvido o ultrajado con la ofensa. A este deber llamamos reparación”.

Ahora bien, para entender el sentido de la reparación, es necesario entender su relación con la gloria de Dios. La “gloria” es la manifestación de alguna excelencia o perfección de Dios, así lo enseña Santo Tomás de Aquino. Al respecto, debemos señalar que en Dios hay dos tipos de gloria: la gloria intrínseca o interna y la gloria extrínseca. La primera es aquella que posee en tanto que Él es el Sumo Bien. Es infinita, por lo tanto, ningún hecho o acto puede aumentarla o disminuirla. La segunda se encuentra en la creación y puede ser manchada específicamente por agentes con albedrio cuando la “roban”, es decir, cuando pretenden apropiársela. Cuando Dios creó el mundo, dotó a sus criaturas con diversas clases de perfecciones para manifestar y reflejar en ellas las propias perfecciones. Así, “El mundo fue creado para gloria de Dios” (*Vat I, Filius Dei 4, 5*).

Cuando pecamos, cuando cometemos un acto opuesto a la voluntad de Dios, usurpamos su gloria y nos hacemos sus deudores. La reparación consistirá entonces, en un acto general

hecho con el objeto de devolver a Dios—de la manera posible—la gloria que le ha sido quitada por nuestros pecados; pudiéndose extender, además, hacia actos pecaminosos que no nos son propios, sino de otras personas, alcanzando así la reparación por los pecados del mundo. El acto de reparación puede, también, satisfacer la justicia divina en cuanto que contribuye a saldar nuestra “cuenta personal” por los pecados veniales y las penas merecidas por nuestros pecados perdonados en confesión.

Jesucristo es a un tiempo sacerdote y víctima: en la cruz ofreció su vida, su sangre, “por muchos para el perdón de los pecados” (*Mt 26,28*). El cristiano, al participar de Cristo en todo, participa también de este sacerdocio victimal (*Cf. Vat II, LG 10,34*).

Consideremos también que todos podemos reparar en cuanto que los medios para hacerlo están a nuestro alcance. Recordamos algunos medios mencionados por Pío XI en la misma encíclica: “se entregará (el alma pía que quiera reparar) a la voluntad divina y se afanará por reparar el ofendido honor de la divina Majestad, ya orando asiduamente, ya sufriendo pacientemente las mortificaciones voluntarias, y las aflicciones que sobrevinieren (las involuntarias), ya, en fin, ordenando a la expiación toda su vida”. Así también lo enseña el Concilio Vaticano II: “recuerden todos que con el culto público y con la oración, con la penitencia y la libre aceptación de los trabajos y desgracias de la vida, con la que se asemejan a Cristo paciente, pueden llegarse a todos los hombres y ayudar a la salvación del mundo” (*Ad Gentes 16g*).

Pues bien, nos percatamos que los males de este mundo nos duelen y nos lamentamos por ellos, pero también nos daremos cuenta que es bien poco lo que hacemos por reparar

¡Cuántas veces hemos tenido la posibilidad de luchar contra ellos ofreciendo las penas de nuestra vida, los trabajos, algún sacrificio, o bien, nuestra oración! en cambio, nos justificamos diciendo que no somos “nada” y así seguimos sin hacer nada. ¡Cuántos cristianos tomándose en serio esto han transformado su vida haciendo actos de reparación heroicos, llegando a convertirse en santos! ¡Oh, cuánta deuda de amor tenemos con el Amor! ¡Cómo deberíamos dedicar los años que nos quedan de vida a amar y reparar, a trabajar en múltiples apostolados para el bien y salvación de las almas, para gloria de la Dios!

Que el Señor aumente nuestra fe, esperanza y caridad para seamos capaces de ver en nuestras vidas todas las oportunidades que tenemos para reparar por los pecados del mundo y para que nos sintamos cada día más movidos a responder con amor al Amor que nos ha tenido le Crucificado.

Al final de este boletín compartimos con ustedes el acto de reparación al Sagrado Corazón de Jesús que compuso el papa Pío XI. Este puede ser rezado en momentos que deseemos hacer reparación voluntaria por nuestros pecados y los del mundo, doliéndonos por la ofensa causada a la gloria de Dios.

(Bibliografía: Acto de reparación al Sagrado Corazón de Jesús. servustuuscom.wordpress.com; Conversión – Modos de expiar por los pecados. José María Iraburu)

Rama masculina

Práctica del Adviento (Extractos de El año Litúrgico de Dom Prosper Guéranger)

Si nuestra Madre, la Santa Iglesia, pasa el tiempo del Adviento ocupada en esta solemne preparación al triple Advenimiento de Jesucristo, nosotros, que somos sus miembros e hijos, debemos participar de los sentimientos que la animan y hacer nuestra esta advertencia del Salvador: “Ciñase vuestra cintura como la de los peregrinos; brillen en vuestras manos antorchas encendidas; y vosotros sed semejantes a los criados que están en espera de su amo” (*Lc. 13, 35*). En efecto, la suerte de la Iglesia es también la nuestra; cada una de nuestras almas es objeto, por parte de Dios, de una misericordia y de una providencia semejantes a las que emplea con la misma Iglesia. Si ella es el templo de Dios, es porque se compone de piedras vivas; si es la Esposa, es porque está formada por todas las almas invitadas a la unión eterna con Él. Si es cierto que está escrito que el Salvador conquistó a la Iglesia con su sangre (*cf. Hch. 20, 28*), cada uno de nosotros hablando de sí mismo puede decir como San Pablo: Cristo me amó y se entregó por mí (*Gal. 2, 20*). Siendo, pues, idéntica nuestra suerte, debemos esforzarnos, durante el Adviento, en asimilar los sentimientos de preparación que vemos embargan a la Iglesia.

En primer lugar, es un deber nuestro el unirnos a los Santos del Antiguo Testamento para pedir la venida del Mesías y pagar así la deuda que toda la humanidad tiene contraída con la misericordia divina. Para animarnos a cumplir con este deber, transportémonos con el pensamiento al curso de estos miles de años, representados por las cuatro semanas del Adviento y pensemos en aquellas tinieblas, en aquellos crímenes de toda clase en medio de los cuales se movía el mundo antiguo. Nuestro corazón debe sentir con la mayor viveza el agradecimiento que debe a Aquel que salvó a su criatura de la muerte y que bajó hasta nosotros para ver más de cerca y compartir todas nuestras miserias, fuera del pecado. Que nuestros deseos y nuestra esperanza se dilaten, pues, con estas ardientes súplicas de los antiguos Profetas que la Iglesia pone en nuestros labios en estos días de espera; abramos nuestros corazones hasta en sus últimos repliegues a los sentimientos que ellos expresan.

Cumplido este primer deber, pensaremos en el Advenimiento que el Salvador quiere hacer en nuestro corazón: Advenimiento, como hemos visto, lleno de dulzura y de misterio, y que es consecuencia del primero, puesto que el Buen Pastor no viene solamente a visitar a su rebaño en



general, sino que extiende sus cuidados a cada una de sus ovejas, aun a la centésima que se había extraviado. Ahora bien, para captar todo este inefable misterio, es necesario tener presente que, así como no podemos ser agradables a nuestro Padre celestial sino en la medida que ve en nosotros a Jesucristo, su Hijo, este divino Salvador tan bondadoso se digna venir a cada uno de nosotros para transformarnos en Él, si lo consentimos, de suerte que no vivamos ya nuestra vida sino la suya. Este es el objetivo del Cristianismo, la divinización del hombre por Jesucristo: tal es la tarea sublime impuesta a la Iglesia.

Pero, lo mismo que al aparecer en este mundo, el divino Salvador se mostró primeramente bajo la forma de un débil niño, antes de llegar a la plenitud de la edad perfecta necesaria para que nada faltase a su sacrificio, del mismo modo tratará de desarrollarse en nosotros. Ahora bien, es precisamente en la fiesta de Navidad cuando quiere nacer en las almas y cuando derrama sobre su Iglesia una gracia de Nacimiento, a la cual todos no son ciertamente fieles. Porque mirad la situación de las almas a la llegada de esta inefable fiesta. Las unas, el número más reducido, viven plenamente de la vida de Jesucristo que está en ellas y aspiran continuamente a crecer en esta vida. Las otras, en mayor número, están vivas ciertamente, por la presencia de Cristo, pero enfermas y endebles por no desear el aumento de esta vida divina; porque su amor se ha enfriado (*cf. Ap. 2, 4*). Los demás hombres no gozan de esta vida, están muertos; porque Cristo dijo: Yo soy la vida (*Jn. 14, 6*).

Ahora bien, durante los días de Adviento pasa llamando a la puerta de todas estas almas, bien sea de una manera sensible, o bien de una manera velada. Les pregunta si tienen sitio para Él, para que pueda nacer en ellas. Y, aunque la posada que reclama sea suya, porque Él la construyó y la conserva, se queja de que los suyos no le quisieron recibir (*cf. Jn. 1, 11*), al menos la mayoría de ellos.

Preparaos, por tanto, vosotras, almas fieles, que le guardáis dentro de vosotras como un preciado tesoro y que desde tiempo atrás no tenéis otra vida que su vida, otro corazón que su corazón, otras obras que sus obras, preparaos a verle nacer en vosotras más hermosos, más radiante y más poderoso que hasta ahora lo habíais conocido. Tratad de descubrir en las frases de la santa Liturgia esas palabras misteriosas que hablan a vuestro corazón y encantan al del Esposo.

Historias de San José

Queridos amigos, se acerca el santo tiempo de Navidad y sabemos que San José fue el hombre elegido por Dios para velar por su Hijo Unigénito y su Santísima Madre. San Alfonso María de Liguori, muy devoto de nuestro Buen San José, escribió una hermosa meditación sobre el dulce misterio de la Navidad y la tarea del guardián de la sagrada familia y su dedicación a Jesús y María en el pesebre de Belén. Dejémonos guiar por este doctor de la Iglesia en nuestra meditación y oración con San José.

Meditación - En el viaje a Belén donde nació Jesús.

« José también subió de Galilea a Judea, es decir, de la ciudad de Nazaret, a la ciudad de David, llamada Belén. »



Considere las dulces conversaciones que María y José tuvieron que tener juntos durante este viaje, tocando la misericordia de Dios, quien así envió a su hijo al mundo para redimir a la humanidad, y tocando el amor de este hijo que vino a este valle de lágrimas para expiar, con sus sufrimientos y con su muerte, los

pecados de los hombres. Consideremos entonces el dolor de José cuando se vio a sí mismo, esa noche en que nació el Verbo divino, rechazado en todas partes con María en Belén, de modo que se vieron obligados a buscar asilo en un establo. ¡Qué dolor sintió José cuando vio a su santa esposa, una joven de quince años a punto de dar a luz, temblando de frío en esta húmeda cueva abierta por muchos lados! Pero cuál debe haber sido su consuelo entonces cuando oyó que María lo llamaba y le decía: Ven, José, ven y adora a nuestro Dios niño, que acaba de nacer en este establo. Admira su belleza, Contempla en este pesebre, en este heno, al rey del universo. ¡Mira cómo tiembla de frío el que prende fuego de amor a los serafines! ¡Mira cómo llora el que es el gozo del cielo!

Ahora, considere aquí cuál fue el amor y la ternura de José, cuando vio con sus propios ojos al hijo de Dios hecho niño, que escuchó al mismo tiempo a los ángeles cantando alrededor del Señor recién nacido, y que vio la cueva llena de luz. Entonces José de rodillas y llorando de emoción: Te adoro, dijo; sí, te adoro, mi Señor y mi Dios. ¡Qué feliz estoy de ser el primero en verte recién nacido después de María! ¡y saber que tú en el mundo quieres que te llamen hijo mío y que así seas considerado! Así que permíteme también darte este nombre, y que de ahora en adelante te diga: Dios mío e hijo mío, me entrego por completo a ti. Mi vida ya no será mía, será toda tuya; solo la usaré para servirte, oh mi Señor. Cuánto más aumentó el gozo de José cuando vio a los pastores llegar esa misma noche, invitados por el ángel a ir a ver a su Salvador recién nacido; ¡y luego los santos magos que vinieron de Oriente para rendir sus deberes al rey del cielo, a Dios hecho hombre para salvar a sus criaturas!

ORACION

Mi santo patriarca, te lo ruego, en nombre de los dolores que experimentaste cuando viste nacer el Verbo divino en un establo, en tal estado de pobreza, sin fuego, sin lino, y cuando lo escuchaste llorar por el sufrimiento que le causó la severidad del frío. Te ruego, te pido, que me obtengas un dolor real de mis pecados, por el cual he sido la causa de las lágrimas que derramó Jesús. Pero, en nombre de la consolación que sentiste cuando, por primera vez, viste al niño Jesús, nacido en un pesebre, tan hermoso, tan lleno de gracia, que desde ese momento tu corazón comenzó a arder con un amor más ardiente hacia este niño adorable y amado; obtén para mí la gracia de amarlo también con un gran amor en la tierra, para ser admitido un día a poseerlo en el cielo.

